

Arturo Mondragón Cruz
El hombre sin rostro
Ciencia Ergo Sum, vol. 10, núm. 2, julio, 2003
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10410213>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



* Correo electrónico:
arturo_mondragon@terra.com

El hombre sin rostro

Arturo Mondragón Cruz*

“Él solía decir: Yo me llamo Nadie.
Y cuando aparecía una luz, se ponía una careta.”
Victor Hugo, *Los Miserables*

A veces resulta imprescindible descubrirnos: quitarnos el antifaz sin orificios que oculta nuestra identidad, pero que también nos impide mirar el mundo. ¡Qué desgracia es encontrar a un desconocido cuando nos miramos al espejo!
Esta es la breve historia de mi encuentro con un hombre sin nombre, sin rostro, sin identidad. Un hombre al que, por darle un apelativo, llamaré Juan.
Lo conocí en la banca de un parque cualquiera, en una ciudad cualquiera, hace algún tiempo; fue un encuentro casual, yo no lo buscaba ni él pretendía que alguien lo encontrara. Todo ocurrió como suelen pasar las cosas trascendentes: ¡Sin que uno se dé cuenta!
Juan llegó a la banca donde me había sentado para leer el diario y enterarme de las atrocidades que cometemos y luego publicamos para



fomentar el morbo. Él –por simple cortesía– pidió permiso de ocupar la misma banca y, debido a que se trataba de un bien público, no tuve inconveniente en que así fuera. Encendió un cigarro y me ofreció otro que acepté –también– como gesto de cortesía. Mientras fumábamos seguí leyendo las noticias y no reparé en su presencia hasta que rompió el mutismo para preguntar la hora. Mentí al decirle que no tenía reloj, también cuando le aseguré que –según mis cálculos– ya era muy tarde y debía irme. –Cuando ya es tarde las personas deben irse, no importa dónde. Así pasa con frecuencia. –Dijo con voz de nigromante. Su respuesta me sorprendió, no sólo por la contundencia con que la pronunció sino por lo que ello implicaba. En realidad yo no tenía dónde ir ni había quién me esperara

en algún sitio. Me pareció que era una invitación a quedarme y charlar para pasar el rato, sin importar de qué hablaríamos. Doblé el periódico y esperé a que iniciara la plática.

—Entre dos desconocidos hay muchas cosas importantes de qué hablar. Pero no intentes hablarme del clima, pues ya lo puedo advertir, ni de las noticias que acabas de leer, pues no sabes si son verdad. —Volvió a sentenciar. Quedé desconcertado al saber su postura e inferí que las cosas

momento había vivido y, tratando de engañarme para salir del apuro, concedí poca importancia a lo que hago, a lo que pienso y digo. Después de todo —creí— cualquier cosa que le dijera no sería tan relevante como para que a Juan le importara; si hablaba de mi trabajo quizá él diría que desarrollaba una labor muy importante, tal vez imprescindible; si hubiera charlado acerca de mi hijo o de mi esposa, él podía haber dicho que no tenía hijos y que el matrimonio es un problema; si mencionaba lo



importantes que Juan refería sólo atañen a la vida personal, ¿qué hay más importante que nuestra propia existencia? Pero hablar de mí, de mi vida, de mis asuntos, con un extraño, me pareció embarazoso y evadí la situación retomando el periódico.

—Sabemos tan poco de nosotros mismos que nos quedamos sin tema de conversación al primer minuto de plática. Eso también suele ocurrir a menudo. —Concluyó. En silencio reconocí que él tenía razón. Rápidamente hice un recuento de lo que hasta ese

gracioso que es mi perro, tal vez él disertaría acerca de la crianza y hábitos sexuales de los avestruces. El momento se tornó agrio y me pareció que finalmente desembocó en un juego de estrategia: yo no diría nada que fuera menos significativo de lo que él podría contar, y viceversa. Optamos por dejar que el cigarro de cada uno se consumiera y terminara bajo las suelas de nuestros respectivos zapatos.

Mi compañero de banca miró a través de mis ojos vacíos, sin duda no encontró respuestas a preguntas

veladas. Imaginé que él aceptó haber perdido tiempo al tratar de hallarse en otro.

—Me voy porque ya es tarde.

—Dijo esta vez en tono amargo.

Me dolió aceptar nuevamente que Juan tenía razón, que siempre la tenía. No había más solución a ese juego que dejar las cosas como estaban, permitir que ambos ganáramos por cansancio. Mientras le vi marcharse sin rumbo, como suelen irse las personas que piensan que ya es tarde, tal como me hubiera largado minutos antes, pensé que era

yo y no él el hombre sin nombre, sin identidad ni rostro. Abrí el periódico y no encontré sentido a lo que leía. ¡Con qué falso afán pretendemos saber lo que ocurre a otros, sin darnos cuenta de lo que a uno le pasa! Ahora me obsesiona pensar si ese hombre era el amigo que esperaba, tal vez el socio que he buscado para el negocio que tengo proyectado, o quizá simplemente era un Nadie que se equivocó de banca, que —como yo— sigue perdiéndose en la angustia de buscarse y no encontrarse.